



EPÍSTOLA CARNAVAL DE CALI

Lucilda Sinisterra

Cali, enero 5 de 1924

Al Señor Alguacil Don Manuel Valverde

Señor Don Manuel Valverde, soy Lucilda Sinisterra, sobrina de su gran amigo el Secretario General de la muy Ilustre Junta Central de Ornato de la Ciudad de Cali. Resido en la ciudad de Palmira por motivo de mi casamiento con un hombre honorable, muy de los afectos de mi mencionado tío y que se encuentra ahora en Bogotá por motivos laborales. He vivido toda mi vida en Cali en las periferias de la Plaza de Caycedo, epicentro de la cultura y de las buenas costumbres de esta bella ciudad. Permítame expresar un sincero saludo, siendo para mí un gran honor y satisfacción poder dirigirme a tan distinguido señor.

Imagino que se estará preguntando por qué me tomo el atrevimiento de escribirle a un hombre tan ocupado y concurrido. Lo hago con la intención de comentarle sobre esa cadena de errores que desataron los terribles hechos sucedidos días pasados en el Salón Moderno, de los cuales estoy segura puedo contribuir a su esclarecimiento, pues como es bien sabido, tuve la mala fortuna de presenciar ese fatídico hecho. Le ruego disculpe la tardanza de esta carta, pero dudaba mucho si contarle todo lo sucedido, pues mi tío, por formar parte de dicha Junta, me había prohibido cualquier tipo de intervención. Estuve varios días divagando

en la indecisión de obedecerle o seguir los valores de la buena conducta y la moral, a los que he sido siempre fiel.

Primero que todo, Don Manuel, quisiera decirle que me vive una honda nostalgia al recordar los vastos festejos del Carnaval de Cali del año de 1922, pues dejaron en mi mente un sinfín de experiencias maravillosas que sin lugar a dudas adornarán los recuerdos de mis mejores épocas. En ese fin de año, recuerdo bien, los eventos más concurridos fueron la elección y coronación de Su Majestad Leonor I, en el Club Colombia, y en El Salón Moderno, la llegada de la Familia Castañeda por el Barrio San Nicolás, pasando por las galerías en la Calle 12 con Carrera 10 y concluyendo en La Plaza Central. Recuerdo mucho los cohetones, las murgas y el Garrón de Puercos; la cabalgata, gran herencia castellana en el Hipódromo de Long-Cham, y el desfile de carrozas y disfraces, esa mezcla enorme de automóviles modernos, victorias, mulas, participantes y espectadores, diablos y querubines, indios y gitanas que se fundían en la estrechez de las calles del centro. Nunca voy a olvidar las máscaras, las plumas en los antifaces y el encuentro con los amigos de la familia y los vecinos, como el que tuve con Gustavito Lotero frente a la Catedral de San Pedro, quien se engalanó con un bello disfraz de diablo, y que acompañó a Leonor Caycedo en todas las rifas y colectas realizadas durante el torneo galante de su elección. Incluso recuerdo los días anteriores al inicio de la festividad, todos en busca del mejor atuendo y artículos varios en el almacén de Palau o donde los Vásquez & Cia. Las calles se colmaron de pasos acelerados, de voces ansiosas y el sonido áspero del contar de los billetes zumbaba en el aire. Fue tanto el éxito de ese año, que leí en el Correo del Cauca sobre el mal estado de los caminos a las afueras de Cali, por el gran éxodo de turistas nacionales e

internacionales a las carnestolendas. Sin embargo, todos estos grandes acontecimientos que engalanaron nuestra ciudad ese año se vieron opacados por una serie de eventos infortunados ocurridos en el pasado carnaval.

Permítame, señor Valverde, expresar mi inconformidad frente al manejo que se dio a las fiestas pasadas, de las cuales todavía se habla en varios diarios locales y nacionales. Dirá usted que yo no soy la persona competente para decidir cómo debería ser el tan concurrido festejo, pero soy una mujer consciente, que ama esta ciudad con brío y que por lo tanto le duelen sus males y sus tragedias. Siento mucho si toco algunas fibras sensibles de su persona por ser el encargado de la seguridad de este Carnaval, pero apelo a que usted, un Señor tan preparado y distinguido, sabrá entender mi postura con la racionalidad y aplomo que siempre lo han caracterizado, y que tendrá en cuenta esta angustia que emerge de mis más profundos sentires y experiencias infaustas, en donde incluso estuvo en riesgo mi vida.

Primero que todo, Don Manuel, quiero hacer referencia a un hecho que generó grandes conmociones entre los vecinos de la ciudad, y no me refiero precisamente a los distinguidos señores que integran la Junta Central de Ornato o la Junta de Festejos Populares. Recordará usted, Señor Valverde, que la elección de la Reina del Carnaval se realizó por medio de una recolección de votos, costando 5 centavos cada uno. Don Manuel, usted sabe que los vecinos de por los lados de San Nicolás, el Obrero, Santander o Benjamín Herrera, más o menos por las vías del tren, no tienen cómo comprar los votos por bolsillo propio y aun así consiguieron el triunfo, vendiendo a veces hasta sus objetos más valiosos, todo por el deseo de vencer a los acomodados señores que

alentaban la elección de las demás candidatas. Pese a todo esto, los vecinos no lograron celebrar con su Reina, pues se les negó el acceso a la Coronación y al Baile. Otra piedra al costal...

Sin que esto bastara, el Carnaval que vivimos hace unos días me dejó atónita. Dentro de toda esa maraña de recuerdos sobre ese fatídico fin de año, seguro el más amargo fue el 30 de diciembre de 1923. El día en que las estrellas no brillaron.

Recuerdo estar camino a la coronación de Su Majestad Leticia I, cuando de pronto se escuchó una arenga tan fuerte, que todas las personas presentes por allí nos quedamos estáticos, mirándonos silenciosamente los unos a los otros, como preguntándonos qué ocurría. Rápidamente me percaté de que los gritos provenían del Salón Moderno, hacia donde yo me dirigía. Tomé vuelta como pude y me instalé en una esquina segura, lo suficientemente cerca como para poder observar sin peligro alguno. De repente, lo que pensé era un pequeño alegato con unos cuantos vecinos y los militares que rodeaban la entrada, se fue convirtiendo en una pesada ola de personas gritando y exigiendo que los dejaran entrar. La muchedumbre avanzaba por la calle decidida a entrar, así fuera por la fuerza.

Pero no sólo el pueblo estaba alborotado, pues sé de vista propia que fueron los militares quienes iniciaron el fuego, dizque para apaciguar los reclamos de la multitud. Todo fue como un estallido de sonidos sordos, de balas y de sangre. Fue una terrible experiencia estar escondida en esa esquina, siendo testigo de tal atroz escena y sin poder correr, pues el peligro era mayor. En medio de los gritos ahogados, un hombre pedía ayuda con las manos bañadas de sangre. La gente agachada corría hacia cualquier pared que le sirviera de refugio. Después, cuando un par de hombres auxiliaron al desafortu-





nado, los manifestantes se replegaron a varios metros del Salón corriendo hacia abajo, como quien va para la Plaza. En ese momento aproveché para entrar y saber cómo se encontraban mi tío y mis primas. Afortunadamente, las personas dentro del Salón gozaban de buena salud, aunque muy exaltados por lo que, según ellos, había sido un “atrevimiento de parte del populacho”.

Al darse cuenta de que el gentío fue obligado a retirarse por las balas y los heridos, algunos de los integrantes de la Junta Organizadora, como el señor Palau y el señor Carvajal, propusieron seguir con el festejo a puertas cerradas, dando como argumento los elevados costos de los preparativos de dicho baile. Yo nunca estuve de acuerdo con esa decisión, pues en mi retina seguía muy viva la escena de terror que presencié afuera, y que ellos



ni se imaginaban. Aun así, mi tío no tuvo en consideración mi relato y respaldó la decisión tomada por la mayoría, obligándome a estar allí hasta que se acabara el evento, según él por seguridad.

Los asistentes, aunque preocupados, obedecieron las órdenes de dichos señores y el Gran Baile de Coronación que habían preparado, siguió como si ese funesto hecho nunca hubiese ocurrido. Recuerdo bien sus caras de alegría al bailar,

la ostentosa decoración y el licor fino que no paraba de rotar. Yo veía esa escena como fuera de la realidad, como una comedia de infamias; había visto la sangre correr y había reconocido el desespero en sus miradas y la desazón en los rostros de todos esos hombres y mujeres. Luego de una o dos horas, no recuerdo bien —pues la espera en esa mesa fue como contar las hojas de una vieja ceiba— escuché de nuevo una arenga, pero esta vez era tan fuerte, que en el techo temblaban de miedo las lámparas de cristal. Me paré tan pronto como pude y corrí hacia una de las ventanas para saber qué ocurría. No podía creer lo que se presentaba ante mis ojos.

Durante los pocos segundos que logré estar frente a la ventana puede percatarme de la presencia de cien o ciento cincuenta personas mal contadas. Venían subiendo por la angosta calle golpeando las paredes y el piso con palos, lanzando piedras a las ventanas del Salón y cortando con sus machetes el viento seco de la joven noche. Por supuesto me retiré rápidamente de la ventana en donde estaba y corrí a avisarle a mi tío que el pueblo estaba enardecido y con ganas de venganza. Ahora no era una arenga de 20 personas, era toda una avalancha que se abriría paso como fuera hacia el interior del recinto. Los gritos marcaban el camino de aquella turba furiosa, cuando de repente se escuchó muy cerca un disparo. La banda paró de tocar. Por fin se percataban de que el pueblo podía reaccionar y unos segundos después, eran ellos quienes trataban de abrir las puertas que antes habían cerrado. Ese fue el primero de una ráfaga de disparos que nos ensordecieron, desatando una ola de miedo y muerte.

Esta vez no eran sólo los militares los que disparaban, el pueblo se había armado y se abría paso entre el escuadrón de hom-



bres de la entrada. Adentro, las caras felices y enrojecidas por el licor importado se parecían ahora más a las que yo había visto horas antes a las afueras del salón. El miedo las habitaba. Esparcida en el piso quedaba la pomposa decoración de las mesas y las sillas, debido al desespero de los asistentes que intentaban vanamente salir de aquel horror, la vajilla se rompía en pedazos sobre el piso de mármol y todo comenzó a pasar tan rápido, que perdí de vista a mi familia y no me percaté de que los manifestantes lograron entrar al lugar. No tuve tiempo de reaccionar, pues era presa del terror al ver aquella muchedumbre furiosa dañando lo que se atravesaba en su camino, apoderándose del licor de las mesas y arrojándose encima como en señal de triunfo. Atrás, la multitud que buscaba abrir la puerta, iba quedando atrapada como en un cuello de botella, cuando por obra de Dios nuestro Señor, un soldado que abandonó el escuadrón cuando vio que la cosa se ponía muy seria, salió corriendo rodeando el salón para abrir la

puerta y permitir la evacuación de los distinguidos caballeros allí presentes.

Fue muy perturbador correr entre los vidrios, entre el coñac derramado y esquivar los enormes ramos de flores que antes embellecían el lugar. Es espantoso sentir la muerte caminar detrás de uno. Por misericordia y piedad de Dios nuestro logramos salir bien librados de aquel fatídico incidente, pero los manifestantes no corrieron con la misma suerte. A la mañana siguiente, la sangre embarrada en los adoquines a las afueras del Salón Moderno acompañaba como un testigo mudo el informe dado por la Comisaría, en el que se admitía la muerte de siete personas y la existencia de seis heridos.

Ahora bien, Señor Alguacil, después del relato anterior, el cual juro es cierto y sin malicia alguna, puede darse cuenta usted de que la noche del 30 de diciembre no fue un acto aislado y violento por parte de un centenar de manifestantes, así como nos quieren hacer creer unos cuantos, sino que fue el estallido de una guerra avisada entre los sectores más vul-

nerables de nuestra ciudad y las familias más acomodadas, que se emplazó hace muchos años en nuestros hombros como un pesado fardo imposible de soportar.

Queda claro entonces que las ideas de civismo y modernidad que han venido manejando desde hace años y que tanto habían contribuido al orden y a las buenas costumbres de nuestra amada ciudad, se han ido deformando, pues como estoy segura sabe usted, el Carnaval de Cali que se suponía iba a ser el escenario de tan importantes valores, se realizó por aliento de los caballeros más adinerados, y no precisamente para darle al pueblo una merecida fiesta y permitir que se sumieran en el ocio y en el desenfreno del festejo para la liberación de las tensiones, sino como una excusa al fortalecimiento del comercio e industria locales.

Sumado a esto, quisiera decirle que me extrañó muchísimo que usted, señor Valverde, cediera ante el pedimento de los señores miembros de la Junta de Festejos Populares de doblar la seguridad, pues evidentemente no se trata de quién porte más armas o quién haga más daño, sino de vivir todos juntos y en tranquilidad los festejos del Carnaval de Cali, organizando los diferentes eventos en lugares abiertos y públicos, para que así la concurrencia de los vecinos no sea prohibida y se pueda vivir una fiesta sana y libre de todos resquemores. Quisiera decirle también, señor Manuel, que aunque los fondos recaudados después de la realización del Carnaval ayudan enormemente a la modernización y progreso de la ciudad, esto no debe ser motivo mayor que la tranquilidad y la vida de sus habitantes, pues si esto llegara a pasar, sabe Dios qué sería de la suerte de esta, mi amada ciudad de Cali.

Espero que esta carta, señor Valverde, contribuya enormemente a la reconstrucción de estos hechos tan lamentables

que nos acongojan por estos días, y que sin duda quedarán en las páginas más tristes de nuestra historia.

Por último, respetado señor Alguacil, no quisiera despedirme sin antes procurar mostrarle, unido a este mi relato, una serie de fotografías que me regaló mi muy amigo Alberto Lenis, gran fotógrafo sobrino de Don Federico Burckhardt, el dueño de la Kodak. Estas fotografías son suspiros de los momentos más felices de mí existir, y quisiera que fueran estos los recuerdos que se queden en la mente de cada uno de nosotros, a pesar del olvido y el recuerdo que a la larga termina siendo nuestra memoria.

Con aprecio y respeto

Lucilda Sinisterra.